

mativas un sentido de finalidad que está en interna conexión con su contenido real. No se trata de leyes que en sí mismas agoten su valor, sino de sistemas semióticos, es decir, de un conjunto de signos que se refieren a algo, que es lo significado. En el orden moral ocurre exactamente lo mismo. Y pudiera ocurrir que la ciencia, en cuanto normatividad, significase una expresión defectuosa de las exigencias de sus contenidos morales, de tal manera que sólo una visión fragmentaria de la ciencia puede pretender la distinción absoluta entre los dos planos a los que nos estamos refiriendo. De aquí también que las visiones filosóficas en las que falta la praxis resulten convencionales y no afecten a los problemas axiológicos profundos, ya que estos problemas exigen la necesaria conexión con el contenido.—E. T. G.

TURNBULL (Robert G.): *Heidegger on the Nature of Truth*, en «The Journal of Philosophy», LIV, 18, 1957 (páginas 559-565).

Se ha dicho que la concepción heideggeriana acerca de la verdad es una definición insuficiente, por razón de las cuales deficiencias podía ser comparada con el pragmatismo.

El autor quiere hacer constar que, cualesquiera que sean las expresiones de Heidegger al respecto, siempre suponen una metafísica que tiene una gran diferencia estructural respecto al epifenomenalismo clásico.

Para Heidegger, la adecuación de intelecto y realidad indica una comparación o conveniencia de un estado humano con una realidad dada. La *Vorstellung* consiste en que algo se nos sitúa enfrente de nosotros como objeto, manifestándosenos de algún modo sin dejar de permanecer siendo ello mismo.

Dice también Heidegger que la esencia de la verdad es libertad, significando que hemos de tener libertad para tomar o someternos a un criterio, siendo la libertad lo que nos hace que capturemos lo que es. La verdad es un exponente (*aussetzend*) y existente. La libertad constituye en el hombre una directiva interior para aproximar sus representaciones a lo que está-ahí en cierto momento. La disposición armonizadora nos procura la revelación de lo que existe como totalidad, proveyéndonos de la concreción

existencial de la realidad que es. La ceguera de lo real es una peculiar forma de pérdida de libertad, que permite pasarnos sin conocer esa verdad. La ocultación de la libertad nos produce entonces la ocultación de la verdad. Cuando no advertimos además que la libertad inquiridora nos falta, incurrimos en el desconocimiento de nuestro desconocimiento, en lo cual consiste el misterio absoluto, que cierra al hombre toda su fuente de saber, se adhiere a ciertos vendajes que le tapan la visión de lo que es accesible.

Lo que niega Heidegger respecto a los enunciados tradicionales es que la verdad de las proposiciones sea la verdad. Pues no hay verdad sin libertad previa. Verdad es la conciencia que el pensamiento tiene respecto de una esencia diversa de él mismo. El origen de la verdad de las proposiciones no está en las proposiciones mismas. Lo contrario a la verdad es lo no-veraz, y la verdadera negación de la verdad es la dis-esencia.—A. S.

VALCANOVER (Rudolphus, O. F. M.): *De origine speciei humanae secundum evolutionistas et Litteras Encyclicas "Humani Generis"*, en «Antonianum», XXXIII, 1-2, 1958 (págs. 3-12).

El año 1859 publicó Darwin su libro *El origen de las especies*. Sus tesis han sido elaboradas y rectificadas por mucha tradición científica, y su idea matriz, el hecho del evolucionismo biológico, está hoy tan arraigada que constituye un dato incontrovertible. Pero la contradicción de las escuelas se revela en el estudio del modo de la evolución misma.

Los teólogos católicos admiten la evolución en general. Pero exceptúan de ella al hombre, en algún punto. Sin embargo, los momentos biológicos anteriores a la formación humana han sido reconstruidos ya, de tal modo que la paleontología ha demostrado la futilidad de los argumentos teológicos que negaban el evolucionismo humano negando la existencia de los pasos intermedios respecto a los demás vivientes.

Entonces el problema se plantea en la línea del momento en que la especie viviente salta desde el nivel infrahumano al humano. La respuesta no es fácil ni unívoca.

Por otra parte se ha demostrado que